

## CAPITULO XIX.

## El ángel de la guarda.



QUEDARON, pues, al lado del enfermo maese Repulgo, su mujer y Beltran.

Los criados de la casa huyeron tambien.

A ruegos de doña Beatriz, continuó asistiendo á Colon el médico de palacio.

Gracias á este aislamiento que se formó en derredor del extranjero, pudo Beatriz realizar un vehemente deseo que se habia apoderado de su alma desde que supo el peligro que corria la vida de Colon.

No podia explicarse el afecto que sentia hácia él; pero era vivísimo.

Herida en su reputacion por las hablillas de los que habian visto en su generoso sentimiento un fin interesado, olvidó las murmuraciones, y pudo más que su temor el deseo de hacer bien á aquel hombre, que parecia llamado á despertar en su corazon los sentimientos que hasta entónces habian dormido en él.

En la noche del dia siguiente al en que corrió la voz por todos los alrededores de la posada de que la enfermedad del huésped era contagiosa, cubierta con un manto y acompañada de Beltran, llegó hasta la posada.

El paje la condujo hasta la habitacion donde estaba el enfermo.

Para una mujer acostumbrada al esplendor de los palacios,

era en extremo doloroso que un hombre de tanto génio como Colon viviese entre cuatro paredes, ennegrecidas por el tiempo, y tuviese por lecho un duro y tosco tablado, en el que solo habia un miserable jergon.

El cuadro parecia más sombrío por la siniestra luz que derramaba sobre él una lámpara de barro, colocada en uno de los ángulos de la habitacion.

Beatriz no pudo ménos de conmoverse al contemplar aquel hombre en el lecho del dolor, y rodeado de todos los atributos de la miseria.

Los quejidos que exhalaba su pecho resonaban dentro de su corazon.

Beltran habló al enfermo.

—¿No veis quién se halla aquí?

Colon movió los ojos y los fijó en Beatriz; pero, ó no veia, ó no la conoció.

La expresion de su mirada aumentó la emocion de su noble protectora.

Habia leído en ella la demencia del extranjero.

No pudiendo resistir tantas amarguras, abandonó la estancia, y dió las órdenes oportunas para que llevasen de su casa todo cuanto pudiera contribuir á mejorar las condiciones del enfermo, encargando eficazmente que se tuvieran con él los mayores cuidados y atenciones.

Por más que todos los dias resolvía dejar de ir á visitarle, la era imposible llevar á cabo esta resolucion.

Trascurrió una semana, y al cabo de ella la crisis fué favorable para el enfermo.

La fiebre comenzó á decaer, y aunque su debilidad era grande, parecian fijarse poco á poco sus ideas.

Su mirada era más tranquila.

Al cabo de los ocho dias, cuando fué á verle Beatriz, estaba sumido en un profundo sueño.

El médico esperaba que al despertarse se hallaría mejor. Ya habia pasado mucho tiempo sin que abriera los ojos, y todos aguardaban con impaciencia á que se despertase.

Beatriz se sentó á la cabecera de su lecho y permaneció algunas horas inquieta, desasosegada, esperando el resultado de aquel profundo sueño.

Loca á su vez, y cediendo á una influencia que no podia resistir, dió algunas órdenes al paje, y quedó sola en la estancia.

La emocion la ahogaba, y cayendo de rodillas, con las lágrimas en los ojos, invocó la proteccion de la Virgen en favor de Colon.

Sobre su angustiado semblante proyectaba un débil rayo la lámpara que alumbraba aquella morada.

Absorta en su oracion permaneció algunos instantes, sin observar que el enfermo abrió pausadamente los ojos y los fijó en su rostro con éxtasis delicioso.

Es imposible describir la emocion que experimentaba Colon en aquellos instantes.

Despues de una enfermedad penosa, un sueño profundo y sosegado habia devuelto á los miembros su natural calor, y habia apaciguado la agitacion de su espíritu, sumiéndole en una apacible y melancólica calma, que le dejaba ver claramente cuanto pasaba en torno suyo.

Sentia una felicidad intensa, pero que no le daba fuerzas para expresar lo que sentia.

Y sin embargo, reconoció á Beatriz.

Creyó al pronto soñar, y poco á poco se convenció de que no soñaba.

Vió las lágrimas en sus ojos, y comprendió que aquellas lágrimas eran de piedad para él.

Notó que los labios de aquella mujer encantadora murmuraban una oracion, y pensó que aquella plegaria era por él.

Quiso hablar y no pudo.

Temia que aquello fuera una vision y se desvaneciese al pronunciar una sola palabra.

Esperó á que la voz volviese de nuevo á sus labios, y cuando sintió que podia hablar con acento que solo podia percibirse por el silencio que reinaba en torno suyo:

— Beatriz, hermana mia, dijo; gracias, gracias, vos me habeis salvado.

Beatriz le escuchó sobrecogida.

Creyó que la engañaba la emocion.

Se levantó y se acercó al lecho del enfermo.

Su mirada se encontró con la suya.

— ¡Ah! Es cierto, dijo. ¿No me he engañado?

¿Sois vos quien ha pronunciado mi nombre? ¡Gracias, Dios mio; gracias, Virgen Santísima!

Durante algunos momentos permanecieron silenciosos.

La emocion embargaba su voz.

Beatriz reflexionó que habia ido demasiado léjos, y replegando el vuelo de su expansion:

— Os he ofrecido ser vuestra hermana, dijo, y he venido á cumplir mi promesa. Dios ha oido mis ruegos y os ha devuelto la salud.

— Sí, contestó Colon, sí; siento que se renueva mi vida; estoy débil aún. Pero ¿qué me importa que las fuerzas del cuerpo me hayan abandonado, si siento renacer en mi inteligencia todas las ideas que habia en mi alma, todos los sentimientos que con vuestras bondades habeis despertado en mí?

¡Ah! señora; despues de haberos visto al borde de mi tumba hincada de rodillas en tierra pidiendo á Dios por mí, ¿qué mayor premio, qué mayor gloria puedo esperar en el mundo?

Beatriz, que se veia en una situacion violenta, llamó á su paje y al posadero.

—¿Ha despertado? preguntaron.

—Sí; todo hace creer que se ha salvado su vida; ahora necesita, más que nunca, que no le abandoneis.

Y dirigiéndose á Colon:

—Amigo mio, he cumplido los deberes de la caridad. Adios.

—¿Os vais?

—Sí; solo por un desvalido, por un extranjero que no tiene familia ni hogar, y que sufre, hubiera venido hasta vuestra morada.

—Jamás olvidaré este beneficio.

Beatriz sintió que sus ojos se inundaban de lágrimas, y se alejó precipitadamente.

Colon quiso vivir, porque al despertarse de nuevo á la vida, sintió que el amor que profesaba á aquella mujer era más grande, más vehemente que hasta entónces.

La convalecencia fué larga, sin embargo.

El ánsia que tenia de volver á ver á Beatriz le hizo avanzar rápidamente en su completa curacion.

Un día vió á Beltran, que no cesaba de ir á verle, con el rostro muy triste y con los ojos escaldados por el llanto.

—¿Qué os pasa, amigo mio? le preguntó.

—Nada, no es nada, dijo Beltran.

—Y sin embargo, yo leo en vuestros ojos una profunda tristeza. ¿Por qué no sois franco conmigo?

—¡Ah! No me preguntéis lo que me pasa, dijo Beltran.

—¿Inés os ha olvidado?

—¡Oh! No.

—¿Ha muerto?

—A Dios gracias, no es ese el pesar que llena mi alma.

—Pues entónces . . . . hablad.

—Me es imposible; aún no es tiempo de que sepais este secreto.

—¿Luego yo he de saberlo?

—Sí, algun dia.

—¿Por qué no ahora?

—Porque me han mandado que no os lo diga.

—¿Doña Beatriz?

—Sí, mi noble señora.

—¡Ah! ¡Por piedad! ¿No veis que me desgarráis el corazon?

—Pues bien, dijo Beltran; oidlo y perdonad, porque aunque yo no debo penetrar los secretos de aquellos á quienes debo todo cuanto soy, es tanta la veneracion que me inspira, tanto el interes que sus desgracias despiertan en mi alma, que me he atrevido á profundizar el secreto, y sé que con la nueva que voy á daros voy á haceros sufrir.

—¡Por Dios, Beltran, por Dios! Que mi ansiedad es horrible.

—Oid: doña Beatriz ha partido de Córdoba.

—¿Ha partido de Córdoba?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace dos dias.

—¿No es dama de la reina?

—¡Ha perdido la gracia de su majestad!

—¡Dios mio! ¿Qué ha pasado?

—Lo ignoro; pero hace dos dias mandó precipitadamente á Inés que lo preparase todo para un viaje. Yo tambien la hubiera acompañado; pero no ha querido que me separase de vos hasta que esteis completamente bueno.

—¿Dónde, dónde ha ido? dijo Colon.

—Me ha mandado que os lo oculte.

—¡Eso es horrible!

—Perdonadme que llene de tristeza vuestro corazon; pero ¡Dios lo ha querido!

Esta noticia sumió á Colon de nuevo en un profundo abatimiento.

La causa de aquella ausencia repentina van á saberla nuestros lectores.

## CAPITULO XX.

### Sucesos.



oco tiempo ántes de la llegada de la corte á Córdoba, y por consiguiente del arribo á la ciudad de Cristóbal Colon, hubo una batalla contra los moros, muy fatal para los defensores de la Cruz.

La reina Isabel se hallaba establecida con su corte en Vitoria, más que para otra cosa, para observar los actos de Luis Onceno, á la sazón rey de Francia, el cual, por hallarse emparentado con doña Catalina, reina de Navarra, y por tener una gran enemistad contra don Fernando, abrigaba grandes deseos de ejercer su influencia en los dominios del rey de Aragon y contrarestar su poder.

Mientras Isabel aguardaba en Vitoria el resultado de las gestiones secretas del monarca frances, su augusto esposo partió para Andalucía.

Antes de que llegase al teatro de la guerra, tuvo lugar la famosa batalla de la Ajarquía.

El maestro de Santiago, que mandaba en la frontera de Ecija, reunió en Montequera muchas gentes del reino de Sevilla, y entró en la Ajarquía con el ánimo de talar sus hermosos y productivos campos.

Llegaron á lo más intrincado de la sierra, y hallaron el vacío en todas partes.

Los moros que habitaban allí, temerosos de caer en poder